

LA CASETTA Y LA FORMACIÓN CAVANIS

P. Alvise Bellinato

Un comienzo humilde

El 27 de agosto de 1820, la fiesta de San José de Calasanz, P. Antonio y P. Marcos Cavanis habían decidido comenzar oficialmente la nueva Congregación de Escuelas de Caridad.

P. Antonio dejaba su casa en el Zattere, hermoso y digno, para entrar en un antiguo edificio, pobre y húmedo, llamado por él y su hermano P. Marcos “la casetta”. Había con P. Antonio cuatro jóvenes: el clérigo Pietro Spernich, Matteo Voltolini y Angelo Cerchieri, y como sirviente el joven Pietro Zalivani. Es un comienzo humilde y silencioso: pocas personas, alojadas en una estructura muy pobre. Antes de entrar a las habitaciones que serán la cuna de una nueva Congregación religiosa, los dos hermanos le pidieron al párroco que bendijera el local.

En esta fecha, el padre Marcos no pudo seguir a su hermano. Se quedó en casa, en servicio filial hacia la madre anciana; pero solo estaba aparentemente fuera de la casetta, porque espiritualmente sufría de no poder seguir a su hermano, y materialmente continuó dando todas sus energías al trabajo, como es demostrado por lo que hizo en los años siguientes.

El P. Andrea Salsi escribe: “Qué amor y respeto, qué asombro y obediencia siempre tuvo P. Marcos a sus padres y madre, incluso después de que la bella alma de su padre voló al cielo. No solo en su temprana edad, pero también entre el esplendor de los trabajos, nunca salió de casa por la mañana, ni se fue a la cama por la noche sin besar la mano de su madre y pedir la bendición; nunca salió de la casa en horas no suyas sin notificar a su madre y pedirle permiso; ni entró en ningún negocio sin consultarla. Yo mismo presencié varias veces, con mi gran edificación, que esta sagrada costumbre de honrar así a su madre y mostrar su reverencia filial, él también continuó como sacerdote”. Por correspondencia, está claro que a los 50 años ella todavía le daba la bendición, y él profesó su respeto sin cambios.

P. Marcos salió del palacio familiar, frente al Canal de la Judeca, solo después de que su madre murió en 1832. Fue al comedor, en la “casetta”, y pidió, arrodillado, ser recibido vivir con el hermano y los otros novicios y cohermanos. Fue un momento conmovedor, dejado en el memorial del instituto.

Más tarde se vendió el lugar de nacimiento de los fundadores, para continuar con el ideal de su vida: educación gratuita de jóvenes en una escuela y casa de caridad. La “casetta” se había obtenido de una serie de edificios pequeños y viejos corroídos por la sal, comprado en la propiedad estatal junto con el huerto. A pesar de algunos trabajos de adaptación parcial, siempre mantuvo la huella de la pobreza más austera, y con humor P. Antonio y P. Marcos la llamaron precisamente a la “casetta”, por lo que ha seguido indicando hasta hoy en la Congregación.

Era un edificio húmedo y poco saludable, algo austero. Sobre la pobreza actual, que Antonio estaba dispuesto a abrazarse, entrando en la “casetta”, Don Andrea Salsi testimonia que dos días antes de salir de su casa, se quitó las hebillas plateadas de sus zapatos le donó a él.

A pesar de la extrema pobreza, el ambiente en la “casetta” era bueno: había tanta caridad, celo, espíritu religioso y, sobre todo, espíritu de familia. Era un lugar bendecido. A P. Marcos Cavanis, obligado a viajar para ayudar a la Congregación, carecía de este ambiente familiar de la “casetta”. En una carta fechada el 11 de junio de 1835, le escribió a su hermano: “Cuando esta carta vendrá, todos ustedes para la nueva misa estarán en gloria ... Cuánto dolor para mí no estar presente en una función tan feliz! Pero esto digo *secundum hominem*. Ahora Dios yo él quiere aquí en Roma, y estoy feliz de hacer su voluntad. Hoy tiene cuatro meses de mi peregrinación dolorosa, lejos de la casita, que me parece cuatro años”. En numerosas

cartas, el P. Marcos insistentemente pregunta a su hermano y a los congregados de la “casetta” que no se cansen de acompañarlo con sus oraciones. Casi no hay carta en la que no insiste en ser apoyado por las oraciones; y lo hace con tanta convicción como lo hace, las dificultades parecen ser superadas. Todos rezan por él en la “casetta”.

P. Antonio, desde su “celda” (así llama él y las otras habitaciones de la “casetta” en las Memorias del Instituto) en una carta dirigida a su hermano, fechada el 26 de noviembre de 1822, escribe: “Las buenas noticias de su salud han traído a nuestra madre, a mí, a la “casetta” una soma de alegría”.

P. Antonio estuvo, en la práctica, siempre presente entre los jóvenes religiosos en formación. Compartió con su oración, el estudio de teología y filosofía, comidas, recreaciones, cada momento del día. Esto le permitió tener una idea clara de las cualidades y defectos de los formandos. Ejerció la primera y más importante de las “cinco llagas del educador Cavanis”: la amorosa supervigilancia, que consiste en el sacrificio de tiempo, en dedicarse totalmente en el oficio como formador, con generosidad, enfocándose completamente en esta misión tan importante, desde que, él sabía, dependía del futuro del Instituto.

Conocía el corazón de los clérigos, y ellos a su vez le dieron el corazón.

Muy importante en la “casetta”, en vista de *la vigilancia amorosa*, no solo eran los momentos de oración, estudio y trabajo, pero también de ocio. Escribe P. Paoli, primer testigo de la santidad de los Fundadores: “P. Antonio era el alma de todos en las recreaciones, a lo que siempre intervino, a menos que la enfermedad lo impidió por completo”.

Teología en la “casetta”

Los Fundadores, durante su vida, han hecho todo lo posible para obtener libertad para el estudio filosófico y teológico de clérigos del instituto. Dada la experiencia de los años los enviaron a seminario patriarcal para estudiar, estaban firmemente decididos a mantenerlos en la “casetta”, para que pudieran recibir formación verdaderamente de acuerdo con el carisma, pasando el mayor tiempo posible bajo su mirada vigilante, para que puedas conocerlos y observarlos cada vez mejor, en todas las manifestaciones, y poder iniciarlas en experiencias pastorales guiadas, en contacto con los jóvenes.

La conquista, sin embargo, no fue pacífica, y hasta que los Cavanis pudieron tener profesores, todos los miembros de la congregación continuaron teniendo tribulaciones. Pero no se rindieron; y si solo renunciaron a enviar a sus clérigos a tomar los exámenes del seminario. Ellos creían que, al actuar de manera diferente, no podrían haber “formado el espíritu de las prácticas y cargas de trabajo duro instituto”, y que tenían que cumplir con su deber hasta el final.

La tenacidad que demostraron durante toda su vida por la libertad de entrenamiento en la “casetta” es notable: estaban convencidos de que los clérigos del Instituto tenían que ser entrenados de acuerdo con sus propios criterios, independientemente de las intrusiones del gobierno, en un ambiente familiar, bajo la mirada de una supervisión constante de amor. Eran plenamente conscientes de que este era su deber de fundadores, su fiel respuesta a una vocación específica, reconocida como proveniente de Dios. Sentían que tenían que transmitir su espíritu a los hijos espirituales, dentro de las paredes de la “casetta” y no en algún otro lugar.

P. Marcos, ante las dificultades encontradas en la obtención del estudio filosófico y teológico en la casa de los aspirantes jóvenes al instituto decía: “Para estar verdaderamente seguros de que Dios no nos lo quiere conceder estudio de las ciencias en casa, debo haber utilizado todos los medios posibles para obtenerlo. Ahora, hasta el presente momento he usado la pluma.

Todavía tengo mi lengua”. Esta obstinación es la convicción que te hace pensar: la formación Cavanis se sintió desde el principio *como algo específica e insustituible*, como la única garantía para el futuro del nuevo Instituto. Para ello P. Antonio y P. Marcos sabiamente dedicaran la flor de la energía.

Es al estar en contacto con los Fundadores que *el espíritu del nuevo trabajo* puede ser absorbido. La primera generación de los Padres Cavanis, formada por P. Antonio y P. Marcos, testimonia por unanimidad la importancia de este *contacto personal* en un entorno *especial* y exclusivo.

P. Antonio formador en la “casetta”

P. Antonio fue casi exclusivamente responsable del establecimiento de la disciplina religiosa en comunidad “casetta”: la formación de clérigos, la dirección del trabajo.

Los clérigos pudieron observar muchas cosas interesantes de la vida de los dos Fundadores a diario.

Observamos a continuación, entre tantos, diez elementos aún actuales de la formación Cavanis en la “casetta”. Son un Decálogo que puede ayudarnos incluso hoy, en nuestra Congregación, qué es convertirse en internacional, multiétnico y multicultural.

- 1) Era normal que el Padre Antonio consultara con el Padre Marcos antes de cualquier decisión menos importante. Y a veces los dos discutían, incluso *animadamente*, pero al final siempre encontraban una manera de ponerse de acuerdo. Este rasgo de franqueza y libertad en relación al personal, quedará muy impresionado en la formación religiosa.
- 2) El P. Antonio fue un formador sobre todo con vida. Más que un hombre de muchas palabras, era un hombre de silencio, estudio y oración. Sus cartas a los jóvenes religiosos no son muchas; generalmente son breves y expresan su preocupación por su formación en el espíritu del instituto. Están llenos de dulzura y aliento.
- 3) El profundo espíritu de fe, que animó toda la vida del P. Antonio, vibró de una manera particular en su enseñanza a los clérigos. A este respecto, el P. Casara escribe: “Se podía ver completamente cautivado por la verdad que anunció, enamorado; y la dulzura del santo amor por ella la mayoría de las santas verdades de la fe, las palabras, la actitud, el gesto, la apariencia se acompañaron, y todo contribuyó a impresionar a quienes lo escucharon e inculcar en ellos la dulce unción de su piedad y su ardor amoroso”. En la “casetta” no enseñó solo teología, pero amar la teología.
- 4) El amor por el estudio de la Sagrada Escritura también fue singular en el Padre Antonio, del cual tenía un excelente conocimiento, como también se puede ver en las notas para los ejercicios espirituales. No era solo competencia y profesionalismo, sino amor auténtico. Este amor suyo también lo hizo dictar en las Constituciones la regla de la lectura diaria de un capítulo del Nuevo Testamento, que se hizo *flexis genibus et nudo capite*.
- 5) Debemos resaltar la veneración, el respeto, la fidelidad que el P. Antonio profesó hacia la Iglesia en general y hacia el Papa en particular. Esta actitud fue en él es fruto de convicciones íntimas de fe, que lo hicieron sensible y delicado, y le hicieron vivir intensamente el espíritu de la Iglesia expresado en las disposiciones y directivas, en la liturgia, en sus felices y tristes acontecimientos. P. Casara usa una expresión interesante para describir esta sensibilidad de ambos hermanos: la define como **“un toque católico muy fino”**, y lo describe con palabras que te hacen pensar: “Ambos tenían un sentimiento espiritual tan exquisita y delicadamente católico, que se dieron cuenta de inmediato si, en discursos u obras escritas, había conceptos, palabras o espíritu que no se ajustaban plenamente a la fe y el espíritu de la Iglesia”.

- 6) El P. Giovanni Paoli, testigo “de primera mano” de la santidad de los Fundadores, escribe: “El arte de conciliar la veneración y el respeto por la autoridad del superior que tenía, y al mismo tiempo de atraer al cariño de los religiosos. Se puede decir con verdad que solo puede haber un santo que sepa cómo conciliar la reverencia y el amor. Una mirada de él, un apretón de manos, una palabra fue suficiente ya sea para un reproche severo o para la gentil comodidad de cualquiera”. Y agrega, con un hilo de ironía: “Quienquiera que quisiera algo de él, era suficiente para presentarse ante él después de haber confesado, o después de la Misa, o la comunión, o después de la oficina”. Este afecto se debió a la familiaridad, a vivir juntos, a pasar mucho tiempo en comunidad. El Padre Paoli concluye: “El P. Antonio estaba verdaderamente unido a los corazones de los clérigos: cualquiera le habría ocultado algo, sabiendo que estaba tratando con un padre”.
- 7) Cuando el primer novicio salió del Instituto, el 18 de mayo de 1825, el Padre Antonio reunió a toda la pequeña comunidad, compuesta de solo cinco clérigos, y les dijo, como Jesús a los apóstoles, cuando muchos de los discípulos se habían ido: “¿Quieres irte también? La Congregación no te necesita: pero ustedes sí, si te llaman”. Aquí podemos ver la libertad de espíritu del formador maduro, que no une a las personas consigo mismo y no busca complicidad, sino que alimenta la libertad personal y la primacía del plan de Dios.
- 8) El P. Paoli destaca otra dote del P. Antonio como formador de los clérigos: “Maravilloso era en él el secreto de tranquilizar las conciencias. Para alguien que dudó en ser ordenado sacerdote, la noche anterior, que fue el Viernes Santo, alrededor de la medianoche, escuchándolo en confesión, dijo con sincera emoción: «Adelante, hijo mío, ve valientemente al altar. Hasta ahora has sido un signo de la misericordia de Dios, de ahora en adelante serás su instrumento y ministro. Ve, porque el Señor es tu herencia»”.
- 9) Nuevamente, el Padre Paoli testimonia otro aspecto de la pedagogía del Padre Antonio, como formador de virtudes sólidas y especialmente del amor a la pobreza, “el mayor patrimonio del Instituto” según los Fundadores: “Quería que todos observaran las reglas de *corde magno et animo volenti*, y lo repitió a menudo. Estaba ansioso por ejercer bien la humildad y la obediencia. Insistió en que las reglas deberían leerse cuidadosamente y que todos deberían entender completamente su espíritu. Habiendo establecido la congregación, él mismo los explicó y los trituro en las conferencias de los días miércoles. Era muy estricto con la comunidad perfecta. Entonces, en los primeros años, a menudo visitaba las celdas para ver si había algo superfluo”.
- 10) Como joven sacerdote, sabemos que el Padre Antonio inmediatamente comenzó a dar un ejemplo de laboriosidad celosa. El *espíritu de laboriosidad* fue uno de los elementos principales que el padre Antonio intentó inculcar en los formandos. Lo hizo con las palabras sí, pero sobre todo con el ejemplo de la vida. Clérigos podían ver que la puerta de su celda siempre estaba abierta y por la noche, incluso a altas horas de la noche, el Padre estudiaba, a la luz de las velas: preparó los que, según la tradición del Instituto, se llaman las “conferencias”, es decir, momentos de formación. Pero además de eso, revisaba libros, componía textos para la escuela, estudiaba la Biblia, oraba, escribía cartas. Ciertamente, trabajar en la penumbra durante largas noches no alivió sus problemas a los ojos y no nos sorprende, pero si algo nos conmueve, ver sus firmas en los documentos en los últimos años de su vida, cuando, cecuciente, señalaba una X con una mano temblorosa.

Fue con estas cosas que el Padre Antonio formó corazones y preparó un futuro para la Congregación, cuyo el propósito, en su pensamiento y el de su hermano, era “ejercer el oficio hacia los jóvenes tanto de maestros como de padres”.

P. Marcos formador en la “casetta”

En verdadera alegría de espíritu, los dos Siervos de Dios educaron a sus clérigos. P. Marcos nos da varios ejemplos como en las cartas a Pietro Spernich (17 de octubre de 1824 y 18 de junio de 1834), y en la “circular al baroncelli de la casetta” (21 de octubre de 1824).

Cuando no viajaba, el Padre Marcos edificaba a todos en la “casetta”: se le podía ver en él, en su porte, en las actitudes, un rastro evidente de ese “formidable amor de Dios” (como se expresará en el proceso de beatificación, un testigo) que lo animó. En los pasillos de la “casetta”, por ejemplo, sucedió que a veces se detenía en silencio y, pensando que nadie lo veía, traía la mano derecha al corazón, agregando algunas oraciones breves a este gesto. Celebró la Misa en un espacio ni largo ni corto, sino con un recuerdo muy edificante y con una expresión de piedad auténtica, que luego continuó manifestándose en un largo agradecimiento. Como en la misa, así que en la recitación del oficio divino se vio tan concentrado, como si no tuviera otras preocupaciones.

La pobreza de la “casetta” no debe idealizarse ni verse en una clave poética. Podemos decir que eso no ayudó a la salud de los primeros congregados. Con retrospectiva y conocimiento de ciencia que tenemos hoy, entendemos que la humedad, las condiciones sanitarias, las condiciones de vida en la “casetta” no eran saludables. Lo decimos con respeto, pero también con realismo. La salinidad del río cercano penetró el suelo e impregnó el yeso en las paredes, el calor sofocante en verano, las incrustaciones, la humedad, el frío invernal, la dieta y las condiciones generales no fueron Curativo para quienes padecen enfermedades pulmonares. La primera generación de Cavanis pagó un alto precio debido a estas condiciones. Era un sufrimiento continúa, para el P. Marcos, de presenciar la muerte de los aspirantes del Instituto a una edad temprana. Las jóvenes esperanzas se extinguieron, dejando los corazones de los fundadores desgarrados, pero siempre llenos de esperanza. Si la obra es de Dios, dijeron, tendrá futuro. Podemos observar un aspecto de la psicología de P. Marcos, como formador en la “casetta”. Cada una vez que murió una congregación joven, escribió un obituario detallado, con corazón movido y con el corazón de un padre. Lo sorprendente en estos obituarios es el nivel de conocimiento profundo que mostró de la persona. Con el corazón de un padre traza el perfil humano y espiritual del difunto, destaca sus características, indica las virtudes que quedarán como ejemplo para los congregados, y ni siquiera se avergüenzan de mencionar, con gentileza y dulzura, con tacto, prudencia y respeto, también los límites, las debilidades, las luchas sostenidas. Este realismo, esta franqueza, honestidad intelectual que rechaza las idealizaciones hagiográficas fáciles, nos dice qué tipo de hombre era el P. Marcos. Pero también nos da una idea de otra cosa: solo aquellos que tenían conocimiento directo, personal, prolongado y frecuente podría ofrecer una descripción tan precisa y cariñosa de persona.

Los necrológicos escritos por P. Marcos parecen ser informes detallados sobre candidatos para la vida religiosa: realista, honesto, práctico, objetivo. Aquí puedes ver el ojo del formador, la perspectiva de un hombre de Dios, que sabe ver con la mirada de la fe, sin ser engañado por las apariencias, pero escudriñando el corazón, los sentimientos, las emociones. Es cierto que el P. Marcos tuvo que estar ausente por cuestiones burocráticas, para encontrar fondos para el naciente instituto, para abogar por la causa de la educación. Pero no era un padre ausente. No era formador con el corazón en otra parte. Su espíritu siempre estuvo en

la “casetta”, como escribe varias veces en las cartas. Incluso cuando viajaba, el pensamiento, la oración, el afecto, la preocupación, todo estaba dirigido a “casetta” y para aquellos que, con humor, llamaron al “baroncelli”, que son los jóvenes en formación. Estos estaban en la cima de sus preocupaciones y pensamientos.

“Nuestros trabajadores”, como él llama a las jóvenes esperanzas de la Congregación, fueron su preocupación constante: sabía que el futuro del Instituto dependía de la formación.

Una “casetta” de Santos

La prudencia sobrenatural guió a los Fundadores a la “casetta”. Una intuición vivía en ellos. Sobrenatural para la santidad. El P. Marcos, por ejemplo, era admirado por los clérigos porque continuamente pedía consejo antes de toda decisión importante. El primer consejero fue, por supuesto, el hermano, a quien también consultaba durante el viaje. Todos en la “casetta” podían verlo.

Pero las personas que recorrían como consejo eran muchas. Entre los nombres más destacados van recordados: Santa Madalena de Canossa (fundadora de las Hijas e Hijos de la Caridad, canonizada en 1988), S. Gaspare Bertoni (Fundador de los Estigmatinos, canonizado en 1989), S. Ludovico Pavoni (fundador de los Hijos de María Immacolata, canonizado en 2016) y S. Vincenzo Pallotti (fundador de la Congregación y Sociedad del apostolado católico, canonizado en 1963). Sin embargo, también debe decirse que, si él humildemente recurrió a la prudencia y la experiencia de los demás, los otros sí a su vez, recurrieron a su prudencia y experiencia, al igual que S. Madalena di Canossa y S. Ludovico Pavoni. El mismo Rosmini (Fundador del Instituto de la Caridad, beatificado en 2007) lo estimaba profundamente, lo visitaba en la “casetta” y se recomendó a su oración.

El siglo XIX fue un siglo difícil, pero también un siglo de santos. Los jóvenes Cavanis en la formación estaban al tanto de vivir en compañía de dos santos, quienes a su vez tenían otros Santos como amigos. Esta huella benéfica ha marcado las raíces de la Congregación.

La caridad: corazón de la “casetta” y legado para los Cavanis del futuro

En su último discurso a la comunidad del 16 de julio de 1853, solo tres meses antes de su muerte, el P. Antonio todavía instó a todos a “nunca cansarse o desanimarse por cualquier dificultad” y agregó:

“Bueno, ya ves lo necesario que es implorarle al Señor un espíritu trabajador, un sentimiento de desinterés completo y constante, y un corazón animado por un sufrimiento invencible; pero, siguiendo los ejemplos de nuestro glorioso padre José de Calasanz, no puedo dejar de recomendarte de manera especial un espíritu de firmeza constante”. La caridad fraterna que el Padre Antonio había presenciado en la casita a lo largo de su vida, él también recomienda unos momentos antes de morir, según lo que atestigua el padre Sebastiano Casara. Los que escribe cómo, después de haber recibido el Viaticum, “P. Antonio me dijo que lo recomendará a sus compañeros caridad, en la que siempre estuvimos estrechamente unidos. Esta fue la única recomendación que en me hizo morir”.

Después del funeral de P. Antonio fue el propio P. Casara quien, en su habitación, con asombro se encontró en un su diario, como veinte años antes, en el retiro realizado ante la institución canónica de la Congregación, el P. Antonio había hablado de la caridad fraterna con tanta fuerza y fervor “que allí parecía un San Juan. Y concluyó diciendo que al momento de la muerte no habría sabido darnos otro recuerdo que este: amarse recíprocamente”.

Y así, de hecho, P. Antonio murió en la “casetta”. En la forma en que profetizó veinte años antes.

(traduzione a cura di P. Maurício Kviatkovski de Lima)